

DOS VERANOS

TEXTOS DE M. B. BROZON

ILUSTRACIONES DE MARIANA VILLANUEVA





M. B. BROZON nació en la Ciudad de México en 1970. Estudió el diplomado en Creación Literaria en la Escuela de Escritores de la SOGEM, y desde 1996 se dedica a escribir, principalmente para niñas, niños y jóvenes. A lo largo de casi 25 años ha publicado más de 30 libros y ha recibido los premios más importantes que se otorgan en el país: El Barco de Vapor de Ediciones SM en 1996 y 2001, A la orilla del viento del Fondo de Cultura Económica en 1997, Premio Bellas Artes de Cuento Infantil Juan de la Cabada en 2007 y el Gran Angular de Ediciones SM en 2008. En 2010 fue finalista del premio Norma Fundalectura. Actualmente es integrante del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Sus narraciones se caracterizan por un estilo desparpajado y humorístico con el que trata los temas que más les interesan a niñas, niños y jóvenes. Hoy en día es una de las autoras más representativas de la literatura infantil y juvenil en México.

DOS VERANOS

Instituto Nacional Electoral

Consejero Presidente

Dr. Lorenzo Córdova Vianello

Consejeras y Consejeros Electorales

Mtra. Norma Irene De la Cruz Magaña

Dr. Uuc-kib Espadas Ancona

Dra. Adriana Margarita Favela Herrera

Mtro. José Martín Fernando Faz Mora

Carla Astrid Humphrey Jordan

Dr. Ciro Murayama Rendón

Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas

Mtro. Jaime Rivera Velázquez

Dr. José Roberto Ruiz Saldaña

Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

Secretario Ejecutivo

Lic. Edmundo Jacobo Molina

Titular del Órgano Interno de Control

Lic. Jesús George Zamora

Director Ejecutivo de Capacitación

Electoral y Educación Cívica

Mtro. Roberto Heycher Cardiel Soto

**Titular de la Unidad Técnica de Igualdad
de Género y No Discriminación**

Mtra. Laura Liselotte Correa de la Torre

Dos veranos

Primera edición, 2021

Textos: M. B. Brozon

Ilustraciones: Mariana Villanueva

Coordinación editorial: Teresa Vicencio Álvarez

Edición: Ana Arenzana

Investigación: María Elena Álvarez Bernal

Corrección de estilo: Martha Elena Lucero

Diseño: Juan José Colsa

D.R. © 2021, Instituto Nacional Electoral
Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur,
Col. Arenal Tepepan, 14610, México, Ciudad de México

ISBN obra completa impresa: 978-607-9218-99-7

ISBN volumen impreso: 978-607-8790-44-9

ISBN obra completa electrónica: 978-607-8697-42-7

ISBN volumen electrónico: 978-607-8790-41-8

Impreso en México/ *Printed in Mexico*

Distribución gratuita. Prohibida su venta

DOS VERANOS

Textos de M. B. Brozon
Ilustraciones de Mariana Villanueva

 COLECCIÓN
ÁRBOL

PRESENTACIÓN

Dos veranos es una propuesta literaria que se suma a la colección *Árbol* y que el Instituto Nacional Electoral pone al alcance de niñas, niños y personas adolescentes con la intención de difundir de forma sencilla y amena temas de formación ciudadana, valores democráticos e igualdad entre mujeres y hombres.

La Unidad Técnica de Igualdad de Género y No Discriminación del INE tiene como objetivo hacer extensivo a todas las áreas del Instituto y a los servicios a la ciudadanía, para su aplicación, el enfoque de derechos humanos y los principios de igualdad, paridad de género y no discriminación, para contribuir a que las personas, sin distinción, participen en las elecciones y sean parte de la toma de decisiones que las involucran.

A través de las siguientes páginas, la o el lector se adentrará en la historia de Rosa, una adolescente que decide trabajar en sus vacaciones de verano y se enfrenta a la discriminación laboral, ya que le ofrecen un sueldo inferior al de los varones, por el simple hecho de ser mujer. Esta atractiva historia narra una situación que con frecuencia viven muchas mujeres, al tiempo que muestra la necesidad de revalorar a las personas más allá de su género y sus características físicas, y la importancia de defender los derechos y la igualdad de oportunidades de las y los mexicanos.

Este pequeño relato es una oportunidad para disfrutar una obra literaria de gran calidad y hacerlo en comunidad.

La historia puede ser atractiva para personas de cualquier edad; sin embargo, está pensada en particular para estudiantes de bachillerato. Las y los lectores tendrán la posibilidad de reflexionar sobre la importancia del diálogo y el respeto a los derechos de los otros en la búsqueda del bien común.

Las páginas finales del libro incluyen el apartado “Para reflexionar y dialogar”, el cual está destinado a que niñas, niños y adolescentes, solos o con el apoyo de alguna persona adulta cercana, reflexionen sobre la importancia de analizar el origen de los problemas que aquejan a nuestra sociedad, plantear soluciones factibles para resolver conflictos y resaltar que todos tenemos el compromiso ciudadano de participar en la solución de los mismos.

Dos veranos

Cuando nací, según consta en las tres fotografías que documentan ese acontecimiento, el cuarto de hospital que fue mi primer hospedaje en este mundo estaba decorado con pocos adornos, todos rosa. A pesar de que eso ocurrió en México, donde se habla básicamente español, un globo —rosa también— rezaba en letras plateadas: “¡Es niña!”.

Y, sí, yo era una niña. En otra de las fotos destaca el semblante de mi madre, que tenía más pinta de estar en un funeral que en el nacimiento de su tercera descendiente. Seguro estaba muy agotada después de haber parido a otros dos, cuyas llegadas al mundo merecieron muchas más fotografías que la mía y en las que se aprecian muchos más adornos, azules en el caso de Tomás, mi hermano mayor, y rosa en el de Liliana. El citado color no sólo estuvo presente en los adornos de aquel cuarto y en mis primeros mamelucos, sino también en mi acta de nacimiento, pues mis papás decidieron que así debía llamarme.

Pasó el tiempo y resultó que de Rosa yo no tenía nada. Era mi hermana la que se debió haber llamado así. Los vestidos de Liliana eran siempre de ese color y mientras más encajes y moños los adornaran, ella era más feliz. En su colección de juguetes había muñecas, artículos de belleza y una cocinita, y la música que oía era de un trío de chicas que cantaban puras canciones cursis de amor. En cambio a mí me gustaban los pantalones largos (o cortos, según el clima), las playeras y las cachuchas, y mi posesión más preciada era una pistola lanzacorcholatas que fabriqué yo misma con la ayuda de Jorgito, mi vecino del 502. Me gustaba tener el pelo corto, detestaba las canciones del trío cursi y amaba el rock que escuchaba Tomás.

Mis papás encontraban todo eso muy raro; un día les dije que odiaba mi nombre y les reclamé que no hubieran escogido uno menos cursi. Otro día les pedí de regalo de



Nacimiento de Rosa 19

cumpleaños una camisa de fuerza de manga corta. Les dio mucha risa. Pero supongo que había oído ese término en alguna conversación y creía que una camisa de fuerza era una que *otorgaba fuerza* a quien se la ponía. Y siempre me pareció mucho más interesante ser fuerte, correr muy rápido o ser valiente, que ser modosita y estar bien peinada.

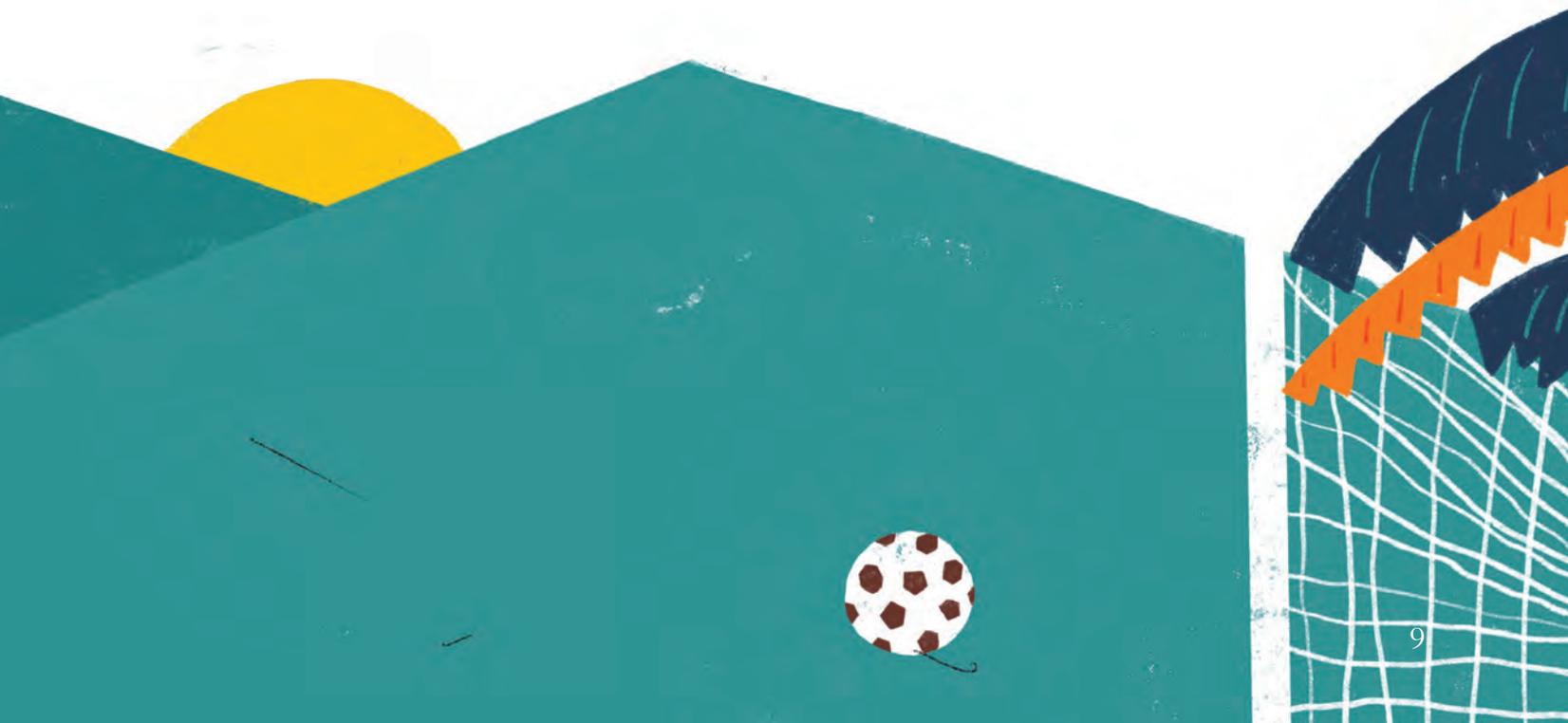
Recuerdo los *rounds* con mi mamá cada vez que se presentaba algún evento que requiriera cierto código de vestimenta. Hay una foto que representa mi sentir, en la que está toda la familia con sus respectivas galas y yo, de unos cinco años, con un vestido blanco todo vaporoso, con florecitas anaranjadas, un gran moño en la cintura y otro menos grande adornando mi cabeza, arriba del gesto de furia que contrastaba con el de todos los demás que aparecen ahí. Y es que en tales eventos, después de las formalidades, cuando llegaba el momento en que podíamos ir a jugar, era terriblemente incómodo hacerlo con vestido. A lo que a mí me gustaba, porque el vestido no suponía ningún problema para cargar una muñeca. Al final superaba



la incomodidad y el pudor de que a cada rato se me vieran los calzones y terminaba aventándome en las bajaditas o persiguiendo un balón rodeada de chicos, mientras las niñas —y mi hermana— se quedaban sentaditas platicando o jugando con sus Barbies, ante la mirada de resignación, sobre todo, de mi mamá.

Con el tiempo no dejé de odiar mi nombre, pero promoví que, en lugar de Rosa, me dijeran solamente Ro. Seguí prefiriendo el salvajismo a la coquetería, los pantalones de mezclilla a los vestidos y el rock a las baladas románticas.

Sin embargo, como al resto de las personas, me llegó la tremenda adolescencia, y vino con una especie de imán que les colocó a ciertos representantes del sexo masculino a los que antes sólo había visto como compañeros de juegos. En vista de lo cual no me dejé crecer el pelo, pero sí me lo peinaba con más cuidado. Seguí despreciando las falditas, pero elegía pantalones que definieran mejor la forma de mis piernas. No me volví adicta al maquillaje, pero empecé a ponerme chapitas y un poco de brillo en los labios.





Me gustaba ser niña, aunque seguía reconociendo que los niños tenían ventajas más prácticas. En ese entonces consideraba, por ejemplo, la facilidad para ir al baño en los días de campo. O, en casa, que no tuvieran que quedarse lavando los platos y limpiando la cocina después de comer.

Confirmé otra de estas ventajas un verano, cuando había dejado atrás la edad de cursos y había llegado a la que implicaba ciertas necesidades económicas que ya tenía una que cubrir por su cuenta. Como muchas personas de mi edad, empecé a buscar una plaza de las que se abrían en tiempos de vacaciones. Mi hermano había trabajado algunos veranos en La Jungla, el parque de diversiones más famoso de mi ciudad, y ganaba lo suficiente, incluso para pagar el cine y las palomitas de su novia. (Ésa me parecía una de las grandes desventajas de ser hombre: tener que correr con los gastos de todo.) Así que una mañana mi vecino Jorgito y yo fuimos a llenar una solicitud. Tuvimos sendas entrevistas, por separado, con la señora Verástegui de Recursos Humanos, una mujer robusta que portaba unos anteojos que la hacían parecer siempre de mal humor, quien nos planteó las condiciones: la jornada era de 10 a 8, de martes a domingo, con una hora para comer y el salario, 175,000¹ pesos a la semana, lo cual me pareció fantástico porque era una cantidad que no había tenido antes en mis bolsillos y, sobre todo, ganada con mi esfuerzo. Era necesario llevar una carta de autorización firmada por mis padres o tutores y estaría lista para ser contratada. Jorgito salió de su entrevista muy entusiasmado también.

—¡Ciento noventa y cinco! —dijo de pronto en el camino de regreso.

—¿Ciento noventa y cinco qué?

—Ciento noventa y cinco bolsas de gomitas me puedo comprar con mi primer pago.

¹ No se vaya a creer que en La Jungla pagaban sueldos millonarios. Sucede que los acontecimientos que aquí se narran tienen lugar en el año de 1987, cuando el peso tenía tres ceros más y el dólar costaba algo así como 1,400 de esos pesos.

Me dio mucha risa que Jorgito hiciera una cuenta tan boba, pero realmente era muy fan de las gomitas y siempre que íbamos a la tienda se compraba unas; y, por lo visto, no sabía hacer cuentas.

—No, te podrías comprar ciento *setenta* y cinco.

—No, cuestan mil, por ciento noventa y cinco, pues da los ciento noventa y cinco mil.

—¿Ciento noventa y cinco mil te van a pagar? —Jorgito asintió—. ¿Seguro? A mí sólo ciento *setenta* y cinco mil.

—¿Cómo crees?

Sacamos las copias de nuestras solicitudes para verificar que, en efecto, así era. Especulamos durante un rato sobre cuál sería la razón de esa diferencia. Jorgito no tenía más experiencia, ni hablaba un idioma extra, ni haría más horas que yo.

—Ha de ser entonces porque eres mujer —concluyó.

Llegué a casa y le pregunté a mi hermano si sabía de qué se trataba aquello de la paga distinta, y sí, me confirmó que las mujeres entraban en “otro tabulador”.

—Porque se supone que no hacen trabajos rudos, ya sabes, como controlar a la gente que luego se pone pesada en las filas, limpiar vomitadas, cargar desmayados, y así.

Mi hermano hacía parecer que acababa de aceptar un trabajo en una zona de guerra. Pero me pareció lógico todo lo que decía. Y, bueno, sólo eran veinte bolsas de gomitas a la semana.

De todos los veranos que había vivido hasta entonces, y con todo y que el curso al que había asistido antes tenía muchas actividades de gran desgaste físico, jamás me había cansado y al mismo tiempo divertido tanto. Una semana antes de empezar nos dieron, a chicas y a chicos, un curso en el que nos enseñaron a programar y manejar los juegos mecánicos; todos nos iríamos rotando entre una y otra de las muchas actividades que había que desempeñar. Nos darían boletitos para comer gratis en



los distintos restaurantes, que al principio también parecía fantástico, pero, al menos yo, a las tres semanas me cansé de la comida rápida, que era lo que se conseguía ahí, y empecé a llevarme comida de mi casa.

Sobre la marcha comprobé que lo que había dicho mi hermano de la diferencia de paga y actividades realizadas no correspondía para nada con la realidad. Gómez, el supervisor general, era el encargado de repartirnos las tareas y las intercambiaba día a día, de manera que a todos, hombres y mujeres, nos tocaba hacer exactamente lo mismo. De lo que mencionó Tomás, lo que sucedía con más frecuencia era limpiar vomitadas, y resultó, incluso, que las mujeres éramos menos asquerosas que los hombres para eso. Y, cuando se trataba de niñas y niños chiquitos, éramos más buenas para calmarlos después del acontecimiento. A mí me tocó vaciar botes de basura, lidiar con pesados en las filas, limpiar juegos, en fin. Durante las seis semanas no hubo ninguna cosa que Jorgito hiciera diferente a mí y que justificara los veinte mil pesos que le pagaban de más. Ninguna.



No había tiempo como para hacer amistades muy estrechas, pero casi al final del verano ya me llevaba bien con una de las chicas, Diana, y le tenía suficiente confianza como para comentar el asunto del pago y a lo mejor empezar a organizar algún reclamo en bola. A ella también le parecía molesto, pero me dijo que estaba en La Jungla nada más por tener algo en qué ocuparse durante las vacaciones y lo de la paga no era importante porque en su casa le daban muy buenos domingos. O sea que mi intento de inicio de protesta colectiva no pasó de esa conversación.

De cualquier manera, al final del verano el saldo fue positivo. Se me pasó rapidísimo, agarré un poco de colorcito —porque estábamos la mayoría del tiempo en exteriores—, y como no gasté casi nada porque no tenía ni tiempo de hacerlo, acabé con un muy buen ahorro, aunque no suficiente como para comprarme la consola de videojuegos que quería. Para evitar tentaciones, le pedí a mi papá que me guardara el dinero. Le dije que el siguiente verano completaría para la consola.

—¿A poco vas a aguantar sin gastar nada todo un año?

—¿A poco no? —respondí resuelta.



Sin embargo, la molestia que me causó la diferencia en el pago (que aumentó al darme cuenta de que, de haber recibido lo que un chico, estaría mucho más cerca de completar para mi consola) continuó como una especie de piedrita en el zapato, siendo el zapato mis ganas de regresar el verano siguiente a trabajar en La Jungla.

Una noche ya cerca de las vacaciones, durante el festejo de cumpleaños de mi hermana, papá sacó un proyector y las diapositivas de nuestra infancia para verlas y recordar viejos tiempos mientras comíamos el pastel. Confirmé que en muchas de las fotos que me habían tomado de chiquita, yo podía perfectamente parecer un niño. Pelo corto, usualmente despeinado, playera, pantalones y rodillas raspadas. Todo el *kit*.

Esa noche una idea empezó a tomar forma en mi cabeza.

No fue tan difícil. Hasta ese momento me había molestado un poco que los senos no me hubieran crecido lo suficiente y que parecieran más bien uvitas, pero entonces lo agradecí. En lo primero que se me ocurrió invertir fue en un par de rollos de vendas gruesas para disimularlos y en un corte de pelo; ya llevaba tiempo dejándomelo largo, más por desidia de ir a la peluquería que por otra cosa. Todo lo demás que necesitaba ya lo tenía en mi clóset.

Algunos días antes de ir a llenar mi solicitud practiqué mi voz grave, que fue lo más complicado del proceso, pues era difícil que no sonara falsa. También invertí, por estrategia y entretenimiento, en rentar algunas películas que trataban exactamente de lo que yo estaba a punto de hacer, como *Víctor Victoria* y *Tootsie*. Vi algunos programas cuyos protagonistas eran unos señores muy varoniles, como *Magnum* y *El hombre increíble* —que, además, tenía fuerza bruta cuando se ponía verde—, para imitar sus ademanes y su modulación de voz. (Más bien de sus actores de doblaje, porque en ese entonces todas las series que pasaban en la tele eran dobladas.) Compré también un tubo que instalé en el marco de mi puerta para hacer dominadas.

En casa no tuve que dar ninguna explicación porque el atuendo con el que fui a llenar mi solicitud no era nada extraño. Con mucha prisa les pedí a mis papás que me





firmaran el permiso, así que no les dio ni tiempo de leer que se lo estaban dando, no a su hija Rosa, sino a un hijo inexistente llamado David Portilla Zepeda.

Jorgito tampoco se sorprendió al verme, también estaba acostumbrado a mis fachas, pero sí cuando lo saludé con mi voz supergrave y eché a andar con ese caminado que le copié al señor Magnum.

—¿Y ‘ora tú, qué onda contigo, Rous?

—No, no, no, no, a partir de este momento y hasta nuevo aviso, puedes llamarme David. O Deivid. O mano, o como quieras.

—¡Órale! —exclamó entre sorprendido y divertido—. Sí sueñas a un güey.

—Sí, claro. Y voy a ganar el mismo sueldo que tú, es lo justo.

—O sea, ¿te vas a hacer pasar por hombre en La Jungla? ¿Las seis semanas?

—Las que sean necesarias, ca’ —le dije y los dos nos reímos.

La señora Verástegui de Recursos Humanos se me quedó viendo, según yo, más de lo necesario cuando le entregué la solicitud y el permiso de mis papás.

—Me parece muy conocido, y tu nombre también —me dijo mirando alternativamente mi cara y los papeles. Me puso un poco nerviosa, pero pensé rápido.

—Eeeeh... es que mis hermanos han trabajado aquí algunos veranos. Mi hermano Tomás varios, y mi hermana gemela, Rosa, sólo el pasado, pero ahora se fue de campamento.

Eso pareció dejarla satisfecha y me recibió la solicitud a la cual le escribí con su manita la cantidad de 195,000 y su firma, y yo acabé convertida en mi propio hermano gemelo.

★

Sinceramente, mi interpretación fue magistral. Gómez era el que de vez en cuando me miraba con cierta suspicacia, hasta que le di los saludos de Rosa, mi hermana que había trabajado ahí el verano anterior.

Tal como anticipaba, la cantidad y variedad del trabajo que hice siendo David fue prácticamente igual al que el año anterior había hecho siendo Rosa. Yo me sentía muy a gusto en mi disfraz y todo iba muy bien hasta que, como de costumbre, ese bicho inoportuno e irrespetuoso llamado Cupido vino a poner el desorden en la figura de Luis Alberto, el chico de telenovelesco nombre que supervisaba el área de juegos de destreza y que tenía los ojos más grandes y expresivos y los brazos mejor formados que yo había visto en mi vida. Por supuesto traté siempre de guardar una prudente distancia, pero ésta se vio drástica y obligatoriamente acortada el día que





Gómez me mandó a recoger un costal de canicas que había que sustituir por pelotas de plástico porque eran-muy-pesadas. Bueno, pues con todo y las dominadas que hacía cada mañana, no me alcanzó la fuerza para levantar el costal y ponerlo en la carretilla. Pensé que era la primera tarea que no lograba ejecutar por mi condición femenina, pero tenía claro que Jorgito, por ejemplo, tampoco habría podido hacerlo. Luis Alberto atestiguó el trabajo que me estaba costando y se acercó.

—¿Te ayudo? —dijo. Me le quedé viendo con la boca más abierta de lo que hubiera querido y los nervios me impidieron decirle que sí con mi voz masculina, de modo que solamente asentí. Se agachó y su playera se adhirió a sus músculos dorsales; sus bíceps sobresalieron cuando levantó las canicas, y a mí me faltó un pelo para tirar la baba que se había acumulado en mi cavidad bucal. Luis Alberto dejó el costal en la carretilla y yo reaccioné un poco tarde para dejarlo de ver como si fuera un comestible.



—¿Qué? —me dijo.

—¿Qué de qué? —dije, el primer “qué” como Rosa y el siguiente ya como David.

—¿Sí puedes? —preguntó refiriéndose a levantar la carretilla. Me acerqué y comprobé que sí y, aunque hubiera querido fingir que no para que me acompañara a dejarla y yo pudiera seguirlo contemplando los minutos que duraba ese trayecto, la cordura prevaleció. Lo que no pude evitar fue voltear un par de veces y sonreírle antes de alejarme demasiado. La segunda vez pude notar un gesto de incómoda extrañeza en su cara.

★

Los siguientes días comprobé que el dicho aquel de “el dinero mueve al mundo” en mi caso no era cierto. Mi gusto por Luis Alberto demostró pesar más que el de los veinte mil pesos a la semana, y con tal de verlo no me importaba arriesgarme a perder ese salario extra. Aprovechaba cualquier pretexto para estar cerca de los juegos de destreza (además, con la ventaja de que allí nadie vomitaba), y hacerle plática en cuanto veía oportunidad. Le pedí a Jorgito que vigilara algunas de nuestras conversaciones para ver si no estaba siendo demasiado obvia, y él, con la honestidad que lo caracterizaba,



me decía que sí. Ponía yo entonces más esfuerzo en mi interpretación de David, pero de marcar distancia, nada. Al contrario, yo insistía en estrechar nuestro lazo amistoso y Luis Alberto como que condescendía. Hasta que un día, cuando comíamos con otros compañeros, me paré por más agua y me pidió que le sirviera. De regreso me incliné para colocar su vaso frente a él en la mesa y luego, presa de no sé qué clase de impulso incontrolable, le puse las manos en los hombros como para un minimasajito que no llegó a suceder porque Luis Alberto se levantó violentamente y se retiró de la mesa, dejando su agua íntegra y sus burritos a medio comer. Se hizo un denso silencio, todos me miraban como esperando una explicación, menos Jorgito, que sólo se llevó la mano a la cara en ese elocuente ademán que quería decir: “ah, pero cómo la acabas de regar”. Opté por tomar mis burritos y mi agua y retirarme a una banca lejos del comedor.

Esa tarde, antes de salir, mientras iba al casillero a recoger mis cosas, sentí una presencia tras de mí. Casi se me doblan las rodillas cuando vi ahí parado a Luis Alberto y automáticamente empecé a abanicar las pestañas.



—¿Nos das chance tantito? —le dijo a Jorgito, que puso cara de frustración porque seguro le habría gustado quedarse a atestiguar el chisme. Me dirigió un gesto que bien podría haber acompañado de un “tsssss”, y se fue.

Tragué saliva. Luis Alberto dio algunos pasitos nerviosos alrededor de una silla.

—Mira, yo no sé, la verdad —empezó; también su voz revelaba nerviosismo—. Cada quien. Y tú me caes muy bien y todo, la neta, pero... yo no sé, pues, y cada quien —repitió—, pero ps no es lo mío, ¿eh? Y prefiero que te quede muy claro...

—¿De verdad te caigo muy bien? —dijo ilusionada Rosa, no David.

Luis Alberto abrió los ojos con sorpresa.

—Bueno, sí, pero lo que te quiero decir es que a mí para nada, pero para nada...

Su explicación se vio interrumpida por mis brinquitos de felicidad. Él sólo siguió mirándome, confundido.

Y entonces le pedí que se sentara en la silla que estaba rodeando por enésima vez y le revelé toditita la verdad. Luis Alberto acompañó su apertura de ojos cada vez más amplia con una que otra carcajada.

—¡Fiu! —expresó su tranquilidad terminada mi confesión. Ahora fui yo la que lo vi con ojos interrogantes—. Es que, bueno, yo también de repente así como que sentía que... y pues no, ¿verdad?





Aunque en realidad no dijo nada, yo entendí perfectamente lo que quería decir, y me hizo muy feliz. Luis Alberto prometió guardar el secreto y me invitó a cenar saliendo del trabajo. Esa misma noche nos hicimos novios.

Pero como reza otro popular refrán, “la riqueza y el amor no se pueden ocultar”, y tras apenas un par de semanas, llegó Jorgito a contarme que por todo el parque corría ya el rumor de nuestro romance.

—O sea, ¿me descubrieron? —le pregunté toda alarmada.

—Ejem... No.

—Pero entonces, si no me descubrieron —no me hizo falta mucha reflexión para encontrar la naturaleza del rumor que corría—. Oh, oh.

Esa noche, frente a una pizza, le conté a Luis Alberto lo que me había dicho Jorgito. Por supuesto que, al igual que yo, como buen protagonista del asunto, él no tenía idea, y, sin embargo, no había dejado de notar las miraditas suspicaces que le dirigían todo el tiempo los miembros del *staff*. Su actitud osciló entre la sorpresa y los rubores, pero nunca hizo segunda a las risitas con las que traté de imprimirle un poco de humor al asunto. No, a él no pareció hacerle ni poquita gracia.

—No te preocupes —le dije finalmente—. El viernes en la junta, cuando llegue todo el mundo, confieso la verdad.

—¿Segura? Pero ¿y tus veinte mil pesos? ¿Tu consola?

—No, pues ni modo —le contesté con una tristona resignación.

Los días siguientes fueron raros. Durante la jornada en La Jungla prácticamente no nos hablábamos, y afuera, se sentía una incómoda tensión entre nosotros. Pero yo no cambié de opinión. El viernes, cuando me dirigía al salón de juntas, decidida a confesarlo todo, Luis Alberto me alcanzó.

—¿Sabes qué? —lanzó un profundo suspiro—. Mejor no. No quiero que digas nada. Haces un chorro de trabajo, el mismo que yo y que todas las personas que trabajamos aquí. No es justo que pierdas esos veinte mil pesos.

Fue mi turno de preguntar:

—¿Seguro?

—Segurísimo —respondió, y agregó, con algo de dramatismo extra—: No me importa lo que piense el mundo. Yo te quiero y siempre te voy a apoyar.

Lo abracé ahí mismo, en medio del parque y a cien metros de la sala de juntas. Tras un segundo, me separó.

—No creas que es eso nada más. También quiero que me invites a jugar con tu consola.

Así pues, en la junta se habló de lo usual y esa noche llegué a casa pensando que Luis Alberto era el mejor novio que podía tener y que lo quería muchísimo. Ese pensamiento no cambió, pero otros, menos optimistas, lo desplazaron al cabo de un rato. Él estaba dispuesto a aguantarse el estigma que significaba ser gay (contra el que aún se lucha, pero que en los años ochenta era bastante peor), por protegerme a mí, que había tenido que fingir que era del otro sexo para que me pagaran un salario justo y equivalente al valor de mi trabajo. Todo parecía tan absurdo.



Los días siguientes, a pesar de que Luis Alberto y yo procuramos ser discretos, Jorgito me informaba que el rumor persistía. Yo, mientras hacía mi trabajo, me dediqué a observar el que hacían mis compañeros, hombres y mujeres, y a anotar todo en un cuadernito.

Laura programaba los juegos mecánicos. Horacio también.

Federico limpiaba una vomitada. Sara también.

Marcia atendía las taquillas. Ernesto también.

José vaciaba los botes de basura del área de comida. Nayeli también. Ambos limpiaban las mesas y barrían.



Así, hice una lista de las diferentes labores del parque. En el único rubro que encontré que no participaban mujeres fue en el de los elementos de seguridad, pero ellos eran contratados por una compañía externa. Le pedí a Jorgito que me ayudara a dividir las cosas que podían parecer de “hombres” y de “mujeres”. También apliqué el interrogatorio a algunas chicas. Algunas ni siquiera sabían de la diferencia de su paga con la de los hombres. Otras sí, y no es que les gustara, pero parecían resignadas a que así eran las cosas y ni modo. Todas se extrañaban de que David y Jorgito estuvieran tan preocupados por esa diferencia, siendo hombres que ganaban más. De hecho mi plan primigenio era revelar mi identidad ante ellas, pero tanto Jorgito como Luis Alberto opinaron que podía meterme en un lío y que era mejor hacerlo terminado el verano y únicamente con los compañeros. De modo que Jorgito y yo les decíamos que era por pura solidaridad.

Al contrario que Diana, ninguna de las chicas tenía padres que dieran muy buenos domingos y, aunque todas estaban allí en parte porque era divertido, a nadie le venía mal ganar esos veinte mil pesos extra. Nayeli y Claudia, que hasta entonces ignoraban la diferencia en salarios, luego fueron a hablar con la señora Verástegui de Recursos Humanos y convocaron a una reunión en los baños de mujeres para platicarles el resultado. Yo no pude estar, por razones obvias, pero me informaron que el argumento de la señora Verástegui era el mismo que el año pasado me había revelado Tomás: que porque las mujeres no pueden hacer todo, que hay muchos trabajos “pesados” que sólo pueden hacer los chicos y ganar lo mismo era injusto para ellos. Yo les pasé la lista que Jorgito y yo habíamos hecho, que evidenciaba la falsedad de los dichos de la señora Verástegui. Prometimos pensar en algo, y quedamos de reunirnos el lunes, que era nuestro día de descanso. Nos encontramos a mediodía en un centro comercial cercano al parque.

—Mi mamá dice que lo que se hace siempre en estos casos es una huelga
—dijo Sara.

—¡Sí, huelga! —secundaron varias la propuesta.

—Pero el chiste sería ponernos en huelga de hacer cosas que, según ellos, no podemos hacer por ser mujeres —apuntó Nayeli.

—¡La cosa es que podemos hacer todo! —dijo Claudia, molesta.

Y sí: Claudia, por ejemplo, era mucho más fuerte y robusta que Jorgito, mientras que Luis Alberto fue capaz de cargar el costal de canicas que yo no.

—Es decir —reflexioné—, no tiene que ver con el sexo, sino con lo que se cree que *significa* ser mujer.

—Débiles y asustadizas —dijo Sara.

—Remilgosas y modositas —continuó Laura.

—Bueno, respecto a lo de modositas —Jorgito se dirigió a mí—, hay que admitir que no podrían hacer muchas de las chambas del parque si, por ejemplo, fueran vestidas como se viste tu hermana para salir con sus amigas.

Esta vez fue Jorgito el que dio en el clavo.





Al día siguiente todas las chicas llegaron al parque vestidas no exactamente como mi hermana, pero sí en todo su estilo femenino y modosito. Todas con faldas de diferentes largos, zapatillas de tacón en lugar de tenis y Sara hasta medias llevaba. Gómez las miraba checar sus tarjetas con una mezcla de molestia y confusión.

—¿Y ahora qué les pasa? ¿Por qué vienen vestidas así?

—Pues porque somos mujeres —respondió Nayeli.

—Ajá, ya sé, pero así no van a poder hacer su trabajo.

—Exactamente —consintió Sara—. Hoy sólo vamos a encargarnos del trabajo que estos atuendos nos permitan hacer. Eso es lo justo.

—¿Cómo que lo justo? —la cara enrojecida de Gómez recordaba a una olla exprés—. ¿De qué están hablando?

—De que nos pagan menos que a los hombres porque según ustedes no podemos hacer lo mismo —aclaró Claudia—. Bueno, pues a partir de hoy, ¡de verdad no podemos!

Gómez tuvo que repartirlas en las taquillas, los juegos de destreza y en el área de comida, pero entonces a los hombres —y a mí, claro— nos tocó hacer todo lo demás, sin posibilidad de rotar con ellas, y encargarnos de cosas para las cuales algunas tenían más experiencia, como desatorar las barras de la Canoa, que requería una mañita que Claudia dominaba. Esa mañana se complicó toda la operación del parque porque los chicos, falsos o no, ni siquiera éramos suficientes para cubrir todos los juegos. A la mitad de la jornada, por los altavoces se escuchó la voz de la señora Verástegui de Recursos Humanos, que pedía a las colaboradoras del sexo femenino que se presentaran en su oficina antes de retirarse.

Varios de nosotros nos habíamos pegado a la convocatoria de Verástegui y, como suele suceder, borlote llama a borlote y casi todo el *staff* acabó presenciando el pleito afuera de la oficina de Recursos Humanos. Pensamos, claro, que habían considerado su error y que estaban por anunciar su corrección. Pensábamos mal.

—Si mañana se presentan con vestimenta impropia para realizar sus labores, serán despedidas —amenazó Verástegui.

Se levantó un murmullo general de molestia, del cual sobresalió la voz de Sara:

—Tenemos un contrato —alegó; ella ya había consultado el caso con su tío que era abogado—, y en él, aunque no especifica cómo debemos vestirnos, se establece una paga como si viniéramos así. Lo único que nos impide hacer las mismas labores que nuestros compañeros varones es un atuendo como éste que trajimos hoy.

—¡Pero el resto del tiempo hacemos el mismo trabajo! —gritó Nayeli—. ¡Usted lo ha visto, Gómez, dígale!

Gómez no asintió, pero tampoco negó. Sólo se quedó un poco pensativo.

—En el contrato también se especifica... —quiso revirar Verástegui, pero la interrumpí gritando:

—Si despide a cualquiera de mis compañeras, yo también me voy.



—¡Ah, muy bien! Portilla, ¿verdad? —dijo ella y se disponía a apuntar algo (supongo que mi nombre) en su cuaderno.

—Yo también me voy —sonó la voz de Luis Alberto, quien levantaba la mano.

Siguió el “yo también” de Federico, y el de Juan, y el de Horacio. Así uno por uno hasta que todos los hombres tuvieron (tuvimos) la mano arriba mientras todas las chicas gritaban:

“¡Hacemos el mismo trabajo,
páguennos igual, carajo!”

La consigna fue obra de Jorgito y mía, que no éramos precisamente poetas y no se nos ocurrió otra cosa que rimara bien y tuviera la misma contundencia. Verástegui y Gómez cruzaron una mirada confundida, intercambiaron algunas frases al oído y Gómez hizo ademanes para menguar el escándalo, que, tras unos minutos, cedió.





—Pasaremos sus peticiones a la dirección —ofreció Verástegui, más serena—. Pero, por favor, vengan mañana con un atuendo apropiado.

Al día siguiente todas las chicas, varios de los chicos y yo, llegamos antes de la hora de entrada y nos reunimos afuera de la oficina de Recursos Humanos; todas las chicas llevaban ropa similar a la del día anterior (pero también una mochilita al hombro) y Gómez las miraba negando con la cabeza.

—¿No les pidió muy correctamente la señora Verástegui que se vistieran como es debido?

—Sí, también nosotras pedimos muy correctamente que nos paguen un salario equitativo —replicó Sara.

—El “carajo” no fue muy correcto —me dijo Jorgito al oído—, tal vez debimos haber escogido otra palabra.

Y seguro se quedó pensando cuál, mientras las demás empezaron a canturrear la consigna original. Gómez entraba y salía de la oficina, donde se podía apreciar a Verástegui con el teléfono en la oreja, y cada tanto miraba su reloj. Se aproximaba la hora de apertura del parque.

RECURSOS HUMANOS





—A ver, al menos los caballeros váyanse a sus puestos —solicitó.

—No, hasta no tener una respuesta —gritó Jorgito.

La gente empezaba a juntarse en la entrada del parque. Gómez intentaba que bajáramos el volumen a nuestro grito de consigna (por supuesto, ya me había integrado yo al coro) y nervioso paseaba su vista entre la oficina, la entrada —donde ya empezaban a escucharse también algunos reclamos de los asistentes que no podían pasar— y nosotros. Hasta que, casi ofuscado, volvió a entrar a la oficina. Desde afuera vimos cómo Verástegui colgaba el teléfono y se levantaba resuelta a encararnos. Entre nosotros se hizo el silencio.

—Ya concluyó mi conferencia telefónica con las autoridades —empezó, en un tono muy serio—, y tengo que notificarles que...

Se interrumpió. Nos recorrió con la mirada, y luego echó un vistazo a la gente arremolinada a las puertas del parque.

—¡Consideran legítimas sus demandas! —gritó—. A partir de esta semana, el salario de las chicas será igual al de los muchachos.

Estallamos en vivas. Las chicas se dispusieron a irse al baño a cambiar sus vestidos por la ropa que traían en las mochilas y yo corrí a abrazar a Luis Alberto, que me alzó en sus brazos para que celebráramos nuestra victoria con un beso.

★

Yo no vi, claro, porque estaba ocupada en lo del beso. Pero luego me lo contaron. Y sé que si ese evento hubiera ocurrido hoy en día, alguien, sin duda, habría grabado con su celular la reacción de la señora Verástegui al verlo, y su colapso facial se hubiera viralizado inmediatamente.

Aunque quién sabe. Quisiera pensar que hoy en día ya nadie podría tener una reacción como aquélla.

PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR



IGUALDAD DE GÉNERO Y EMPODERAMIENTO DE LAS NIÑAS, ADOLESCENTES Y MUJERES

A través de las páginas de *Dos veranos*, las y los lectores podrán valorar la importancia de reconocer y proteger los derechos de niñas, adolescentes y mujeres para transformar los patrones de conducta y redefinir las relaciones de género. Apoyar el empoderamiento no es otra cosa que fortalecer los conocimientos y las capacidades para que más niños, niñas, adolescentes y mujeres tengan la libertad, la información y el apoyo para tomar decisiones sobre su propia vida y actuar para hacerlas realidad.

La reflexión y el diálogo que se pueden generar a partir de la lectura de esta sencilla y atractiva historia permitirá a las y los lectores adquirir conocimientos, reconocer habilidades, desarrollar competencias, innovar y tener autoconfianza como agentes de cambio a la hora de avanzar hacia la igualdad de género.



Estas últimas páginas recogen los conceptos más importantes que se abordan a lo largo del cuento, para que puedan ser identificados en diferentes momentos de la narración.

La igualdad de género es un derecho humano fundamental, promoverla es esencial en todos los ámbitos de una sociedad sana y participativa. Los diferentes tipos de discriminación que experimentan niñas, niños y adolescentes cambian según el lugar de residencia, las normas sociales y la condición económica.

La desigualdad de género permea todos los niveles: se hace presente en las relaciones personales, familiares y sociales, pero también en las instituciones y en las políticas públicas, y afecta no sólo a las mujeres y a las niñas, sino también a los hombres y a los niños.

En esta historia, al llegar a la adolescencia, Rosa decide buscar trabajo para satisfacer algunas necesidades. Junto con su vecino Jorgito y con la autorización de sus padres, hace una solicitud para trabajar en La Jungla, un parque de diversiones en el que tendrían las mismas funciones. Sin embargo, por el simple hecho de ser mujer, a ella le ofrecen un salario inferior. Con el transcurso de los días Rosa demuestra que las mujeres tienen habilidades diferentes pero no menores que las de los hombres y, a pesar de eso, no son valoradas de la misma manera que ellos.

Basada en el artículo 1º de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, la Ley Federal para Prevenir y Eliminar la Discriminación (2003) determina como una de las formas de discriminación el hecho de establecer diferencias en la remuneración, las prestaciones y las condiciones laborales para trabajos iguales.



Un año después, la chica decide buscar trabajo de nuevo en el mismo centro de diversiones en el que había laborado el verano anterior. Pero, convencida de haber sido tratada de manera injusta, decide tomar cartas en el asunto y se disfraza de hombre para lograr que le paguen la misma cantidad que a los varones.

La política nacional en materia de igualdad entre mujeres y hombres define las acciones conducentes a fomentar la igualdad entre mujeres y hombres en todos los ámbitos de la vida, y promueve la eliminación de estereotipos establecidos en función del sexo.

En realidad Rosa no tenía necesidad de recurrir a la estrategia de parecer hombre para recibir un trato justo, defender su dignidad y que se valoraran sus capacidades. Si esta historia hubiera tenido lugar en la actualidad y Rosa conociera la ley, desde un principio podría haberse defendido de manera diferente.

Mujeres, hombres, niñas y niños deben gozar, por igual, de los mismos derechos, recursos, oportunidades y protecciones. Las desigualdades históricas que han enfrentado las mujeres en este sentido siguen teniendo impactos intergeneracionales que alcanzan a la niñez actual. Eso impide que se avance en el goce de condiciones de igualdad y en construir nuevas relaciones sociales y entornos saludables y justos para niños, niñas y adolescentes.



La historia se complica cuando Rosa se enamora de Luis Alberto, otro chico que trabaja en el mismo lugar y que conoce en ese verano. Después de generar confusión por su vestimenta, él la descubre, comprende sus motivos y se solidariza con ella para apoyarla en conseguir un salario justo.

El empoderamiento de las niñas, adolescentes y mujeres es clave para romper con el ciclo de discriminación y violencia.

Lo sucedido trae como consecuencia que no sólo Rosa se empodere y defienda un trato equitativo, sino que otras chicas como ella demanden no ser vistas como débiles e inferiores y reclamen los mismos derechos que los hombres.

Si alguno de los términos que aparecen en el libro te parece que tiene un uso inapropiado, te invitamos a buscar en el diccionario sus diferentes significados, hacer una lista y encontrar sinónimos y antónimos para cada uno de ellos.

Algo fundamental en esta historia es el apoyo de los chicos: en cualquier circunstancia sólo podremos lograr la equidad de género juntos, hombres y mujeres, con comprensión, solidaridad y empatía, en busca de una sociedad más justa para todos los mexicanos y mexicanas sin importar edad ni condición social.





MARIANA VILLANUEVA nació en la Ciudad de México y es licenciada en Diseño por la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. Tiene un máster en Ilustración por la EINA en Barcelona y otro por la ESAT en Valencia. Ganó el segundo lugar en la Sharjah Exhibition for Children en Emiratos Árabes Unidos, el tercer lugar en el XXII Catálogo de Ilustradores (FILIJ) y mención en el Tercer Catálogo Iberoamericano de Ilustración. Ha publicado diversos libros en los últimos años.



Rosa es una adolescente que decide trabajar en sus vacaciones, sin embargo, no recibe el mismo trato ni remuneración que los hombres. Además de encontrar el amor, descubre la solidaridad que los chicos pueden tener en situaciones como la que ella enfrenta.

Este volumen forma parte de la colección **Árbol**, cuyo objetivo es contribuir a la cultura ciudadana de niñas, niños y adolescentes a través de atractivas historias que motiven la reflexión y participación activa en la sociedad, particularmente en lo relativo a la igualdad de género y no discriminación.